EL TRABAJO QUE TRANSFORMÓ UNA NACIÓN

Lecciones del Gran Despertar del Siglo Dieciocho
J.C. Ryle



Iglesia Anglicana Ortodoxa

Iglesia Anglicana Ortodoxa
Comunión Anglicana Ortodoxa

El Trabajo que Transformó una Nación
Lecciones del Gran Despertar del siglo Dieciocho

J. C. Ryle

Obispo Presidente
Jerry L. Ogles
Editado por el Obispo José Antonio Rios

www.anglicanaortodoxa.org

El Trabajo que Transformó una Nación[1]
Lecciones del Gran Despertar del siglo Dieciocho

J. C. Ryle

Que en los últimos cien años se ha producido un gran cambio a mejor en Inglaterra es un hecho que supongo que ninguna persona bien informada intentará negar. Sería como intentar negar que hubo una Reforma Protestante en los días de Lutero, un Parlamento Largo en la época de Cromwell, o una República Francesa a finales del siglo XVIII. Ha habido un gran cambio a mejor. Tanto en la religión como en la moral, el país ha sufrido una revolución completa. La gente no piensa, ni habla, ni actúa como en 1750. Es un gran hecho, que los hijos de este mundo no pueden negar, por más que intenten explicarlo. Es como si trataran de convencernos de que la pleamar y la bajamar del puente de Londres son la misma cosa.

Pero, ¿a qué se debe este gran cambio? ¿A quién debemos la inmensa mejora de la religión y la moral que sin duda se ha producido en el país? ¿Quiénes, en una palabra, fueron los instrumentos que Dios empleó para llevar a cabo la gran Reforma inglesa del siglo XVIII?

Este es el punto que deseo examinar en general en el presente capítulo. Los nombres y biografías de los principales agentes los reservaré para futuros capítulos[2].

El gobierno del país no puede reclamar el crédito del cambio. La moralidad no tomar su existencia por medio de leyes penales y estatutos. La gente nunca se ha vuelto religiosa por medio de leyes del Parlamento. En cualquier caso, los Parlamentos y las administraciones del siglo XVIII hicieron tan poco por la religión y la moralidad como cualquiera que haya existido en Inglaterra.

Tampoco el cambio provino de la Iglesia de Inglaterra, como cuerpo. Los líderes de esa venerable comunión no estaban a la altura de los tiempos. Abandonada a sí misma, la Iglesia de Inglaterra probablemente habría muerto de dignidad y se habría hundido en sus anclas.

Tampoco el cambio vino de los disidentes. Contentos con sus triunfos apenas ganados, ese digno cuerpo de hombres parecía descansar sobre sus remos. En el

[1] Ryle escribió originalmente estas palabras en 1868, por lo que se refiere al período de mediados del siglo XVIII.

[2] Vease el libro de Ryle, Líderes Cristianos del Siglo 18, reimpreso por Trust.

pleno disfrute de sus derechos de conciencia, olvidaron los grandes principios vitales de sus antepasados, y sus propios deberes y responsabilidades.

¿Quiénes fueron, pues, los reformadores del siglo XVIII? ¿A quiénes debemos, bajo Dios, el cambio que se produjo?

Los hombres que nos liberaron, hace cien años, fueron unos pocos individuos, la mayoría de ellos clérigos de la Iglesia oficial, cuyos corazones fueron tocados por Dios más o menos al mismo tiempo en varias partes del país. No eran ricos ni tenían muchos contactos. No tenían dinero para comprar adeptos, ni influencia familiar para llamar la atención y el respeto. No fueron propuestos por ninguna Iglesia, partido, sociedad o institución. Eran simplemente hombres que Dios llamó y sacó para hacer su obra, sin concierto, esquema o plan previos. Hicieron su obra a la antigua manera apostólica, convirtiéndose en los evangelistas de su día. Enseñaron un conjunto de verdades. Las enseñaron de la misma manera, con fuego, realidad y seriedad, como hombres plenamente convencidos de lo que enseñaban. Las enseñaron con el mismo espíritu, siempre amoroso, compasivo y, como Pablo, incluso llorando, pero siempre audaz, inquebrantable y sin temer el rostro del hombre. Y las enseñaban con el mismo plan, actuando siempre con agresividad; no esperando a que los pecadores vinieran a ellos, sino yendo tras ellos y buscando a los pecadores; no quedándose de brazos cruzados hasta que los pecadores se ofrecieran a arrepentirse, sino asaltando los lugares altos de la impiedad como hombres que asaltan una brecha, y no dando descanso a los pecadores mientras se aferraran a sus pecados.

El movimiento de estos gallardos evangelistas sacudió a Inglaterra de un extremo a otro. Al principio, la gente de las altas esferas los despreciaba. Los hombres de letras se burlaban de ellos como fanáticos; los creativos les hacían bromas y les inventaban nombres ingeniosos; la Iglesia les cerraba las puertas; los disidentes les daban la espalda; el populacho ignorante los perseguía. Pero el movimiento de estos pocos evangelistas continuó y se hizo sentir en todas partes del país. Muchos se despertaron y reflexionaron sobre la religión; muchos se avergonzaron de sus pecados; muchos se refrenaron y se asustaron de su propia impiedad; muchos se reunieron y fueron inducidos a profesar una religión decidida y sincera; muchos se convirtieron; muchos que parecían no gustar del movimiento fueron provocados secretamente a la emulación. El pequeño arbolito se convirtió en un árbol fuerte; el pequeño riachuelo se convirtió en un arroyo profundo y ancho; la pequeña chispa se convirtió en una llama que arde constantemente. Se encendió una vela de la que estamos disfrutando. El sentimiento de todas las clases del país acerca de la religión y la moralidad asumió gradualmente una complexión totalmente diferente. ¡Y todo esto, bajo Dios, fue efectuado por unos pocos aventureros despatriados y sin sueldo! Cuando Dios toma una obra en sus manos, nada puede detenerla. Cuando Dios está a nuestro favor, nadie puede estar en contra.

El instrumento de la predicación

El instrumento por el cual los reformadores espirituales del siglo XVIII llevaron a cabo sus operaciones fue de la más simple descripción. Era ni más ni menos que la antigua arma apostólica de la predicación.

La espada que San Pablo blandió con tanto efecto, cuando asaltó las fortalezas del paganismo en el primer siglo, fue la misma espada con la que ganaron sus victorias. Decir, como algunos han hecho, que descuidaron la educación y las escuelas, es totalmente incorrecto. Dondequiera que reunían congregaciones, cuidaban de los niños. Decir, como otros han hecho, que descuidaron los sacramentos, es simplemente falso. Los que hacen esa afirmación sólo exponen su total ignorancia de la historia religiosa de Inglaterra en el siglo XVIII. Sería fácil nombrar a hombres entre los principales reformadores de ese período cuyos comulgantes podrían contarse por cientos, y que honraron la Cena del Señor más que cuarenta y nueve de cincuenta clérigos de su época. Pero, sin duda, la predicación era su arma favorita. Volvieron sabiamente a los primeros principios y retomaron los planes apostólicos. Sostenían, con San Pablo, que el primer trabajo de un ministro es "predicar el evangelio".

Predicaban en todas partes. Si el púlpito de una iglesia parroquial estaba abierto para ellos, lo aprovechaban con gusto. Si no podían obtenerlo, estaban igualmente dispuestos a predicar en un granero. Ningún lugar les parecía mal. En el campo o en el borde del camino, en el jardín del pueblo o en la plaza del mercado, en las callejuelas o en los callejones, en los sótanos o en los áticos, en una bañera o en una mesa, sobre un banco o sobre un bloque para montar caballos, dondequiera que se pudieran reunir los oyentes, los reformadores espirituales del siglo XVIII estaban dispuestos a hablarles de sus almas. Eran instantáneos, a tiempo y fuera de tiempo, en ejecutar el trabajo de pescadores de hombres, y recorrían mar y tierra para llevar adelante el negocio de su Padre. Ahora bien, todo esto era algo novedoso. ¿Podemos preguntarnos si produjo un gran efecto?

Predicaban con sencillez. Llegaron a la conclusión, con razón, de que la primera cualidad que debe tener un sermón es la de ser entendido. Vieron claramente que miles de sermones capaces y bien compuestos son totalmente inútiles, porque están por encima de las cabezas de los oyentes. Se esforzaron por bajar al nivel de la gente y hablar lo que los pobres podían entender. Para conseguirlo, no se avergonzaban de crucificar su estilo y de sacrificar su reputación por el aprendizaje. Para lograrlo, utilizaron ilustraciones y anécdotas en abundancia y, como su divino Maestro, tomaron lecciones de todos los objetos de la naturaleza. Llevaron a cabo la máxima de Agustín: "Una llave de madera no es tan hermosa como una de oro, pero si puede abrir la puerta cuando la de oro no puede, es mucho más útil". Revivieron el estilo de los sermones en los que Lutero y Latimer solían tener tanto éxito. En resumen, vieron la verdad de lo que el gran reformador alemán quiso decir,

'Nadie puede ser un buen predicador para el pueblo que no esté dispuesto a predicar de una manera que parezca infantil y vulgar para algunos.' Ahora bien, todo esto también era bastante nuevo en el siglo XVIII.

Predicaban de forma ferviente y directa. Dejaron de lado ese modo aburrido, frío, pesado y sin vida de predicar, que durante mucho tiempo había hecho de los sermones un proverbio muy aburrido. Proclamaban las palabras de la fe con fe, y la historia de la vida con vida. Hablaban con ardiente celo, como hombres que estaban completamente persuadidos de que lo que decían era verdad, y que era de la mayor importancia para su interés eterno escucharlo. Hablaron como hombres que habían recibido un mensaje de Dios para ustedes, y debían entregarlo, y tener su atención mientras lo entregaban. Ponían el corazón, el alma y el sentimiento en sus sermones, y enviaban a sus oyentes a casa convencidos, en todo caso, de que el predicador era sincero y les deseaba lo mejor. Creían que hay que hablar desde el corazón si se quiere hablar al corazón, y que debe haber una fe y una convicción inconfundibles dentro del púlpito para que haya fe y convicción en los bancos. Todo esto, repito, era algo que había quedado casi obsoleto en el siglo XVIII. ¿Podemos asombrarnos de que haya tomado a la gente por asalto y haya producido un efecto inmenso?

La sustancia de su predicación

Pero, ¿cuál era la sustancia y el tema de la predicación que producía un efecto tan maravilloso en aquellos días?

No voy a insultar el sentido común de mis lectores diciendo solamente que era "sencilla, seria, ferviente, real, genial, valiente, vital", etc.; quiero que se entienda que era eminentemente doctrinal, positiva, dogmática y distinta. Las fortalezas de los pecados del siglo XVIII nunca habrían sido derribadas por la mera seriedad y la enseñanza negativa. Las trompetas que derribaron los muros de Jericó eran trompetas que no daban un sonido incierto. Los evangelistas ingleses de esa época no eran hombres de credo incierto. Pero, ¿qué era lo que proclamaban? Un poco de información sobre este punto puede ser útil.

Por un lado, los reformadores espirituales del siglo XVIII enseñaban constantemente la suficiencia y la supremacía de las Sagradas Escrituras. La Biblia, íntegra e intacta, era su única regla de fe y práctica. Aceptaron todas sus afirmaciones sin cuestionarlas ni discutirlas. No conocían ninguna parte de la Escritura que no fuera inspirada. Nunca permitieron que el hombre tuviera alguna "facultad verificadora" dentro de él, por la cual las declaraciones de las Escrituras pudieran ser sopesadas, rechazadas o recibidas. Nunca se acobardaron al afirmar que no puede haber error en la Palabra de Dios; y que cuando no podemos entender o reconciliar alguna parte de su contenido, la culpa está en el intérprete y no en el texto. En toda su predicación fueron eminentemente hombres de un solo libro. Se contentaban con ese libro para fijar su fe, y por él se mantenían o caían. Esta era

una gran característica de su predicación. Honraban, amaban y reverenciaban la Biblia.

Además, estos reformadores enseñaban constantemente la corrupción total de la naturaleza humana. No sabían nada de la noción moderna de que Cristo está en cada hombre, y que todos poseen algo bueno en su interior, que sólo tienen que avivar y utilizar para salvarse. Nunca halagaron a los hombres y mujeres de esta manera. Les decían claramente que estaban muertos y que debían ser revividos; que eran culpables, estaban perdidos, desamparados y sin esperanza, y en inminente peligro de ruina eterna. Por extraño y paradójico que pueda parecer a algunos, su primer paso para hacer buenos a los hombres fue mostrarles que eran completamente malos; y su principal argumento para persuadir a los hombres de que hicieran algo por sus almas fue convencerlos de que no podían hacer nada en absoluto.

Además, los reformadores del siglo XVIII enseñaban constantemente que la muerte de Cristo en la cruz era la única satisfacción por el pecado del hombre; y que cuando Cristo murió, lo hizo como nuestro sustituto: "el justo por el injusto". Esto, de hecho, era el punto cardinal en casi todos sus sermones. Nunca enseñaron la doctrina moderna de que la muerte de Cristo fue sólo un gran ejemplo de autosacrificio. Veían en ella algo mucho más elevado, más grande, más profundo que esto. Vieron en ella el pago de la poderosa deuda del hombre con Dios. Amaban la persona de Cristo; se regocijaban en las promesas de Cristo; instaban a los hombres a seguir el ejemplo de Cristo. Pero el único tema, por encima de todos los demás, concerniente a Cristo, en el que se deleitaban en detenerse, era la sangre expiatoria que Cristo derramó por nosotros en la cruz.

Además, los reformadores del siglo XVIII enseñaron constantemente la gran doctrina de la justificación por la fe. Decían a los hombres que la fe era lo único necesario para obtener el interés apropiado en la obra de Cristo por sus almas; que antes de creer, estamos muertos y no tenemos ningún interés en Cristo; y que en el momento en que creemos, vivimos y tenemos el derecho pleno a todos los beneficios de Cristo. La justificación en virtud de la pertenencia a la iglesia, la justificación sin creer o confiar, eran nociones a las que no daban cabida. Todo, si se cree, y en el momento en que se cree; nada, si no se cree - era la médula de su predicación.

Además, los reformadores del siglo XVIII enseñaban constantemente la necesidad universal de la conversión del corazón y de una nueva creación por el Espíritu Santo. Proclamaban por doquier a las multitudes a las que se dirigían: "Tenéis que nacer de nuevo". La filiación a Dios por el bautismo - la filiación a Dios mientras hacemos la voluntad del diablo - tal filiación nunca la admitieron. La regeneración que predicaban no era algo latente, torpe e inmóvil. Era algo que podía verse, discernirse y conocerse por sus efectos.

Además, los reformadores del siglo XVIII enseñaron constantemente la conexión inseparable entre la verdadera fe y la santidad personal. Nunca permitieron ni por un momento que la pertenencia a la iglesia o la profesión religiosa fuera tomada siguiera como la menor prueba de que un hombre fuera un verdadero cristiano si vivía una vida impía. Un verdadero cristiano, sostenían, siempre debe ser conocido por sus frutos; y estos frutos deben ser claramente manifiestos e inconfundibles en todas las relaciones de la vida. Si no hay frutos, no hay gracia", era el tenor invariable de su predicación.

Finalmente, los reformadores del siglo XVIII enseñaron constantemente, como doctrinas igualmente verdaderas, el odio eterno de Dios contra el pecado y el amor de Dios hacia los pecadores. No sabían nada de un "amor más bajo que el infierno", ni de un cielo en el que santos e impíos pueden ser admitidos. Tanto sobre el cielo como sobre el infierno utilizaban la mayor sencillez de lenguaje. Nunca se privaron de declarar, en los términos más claros, la certeza del juicio de Dios y de la ira venidera, si los hombres persistían en la impenitencia y la incredulidad; y, sin embargo, nunca dejaron de magnificar las riquezas de la bondad y la compasión de Dios, y de suplicar a todos los pecadores que se arrepintieran y se volvieran a Dios antes de que fuera demasiado tarde.

Tales eran las principales verdades que los evangelistas ingleses del siglo XVIII predicaban constantemente. Estas eran las principales doctrinas que siempre proclamaban, ya fuera en la ciudad o en el campo, ya fuera en la iglesia o al aire libre, ya fuera entre ricos o entre pobres. Estas fueron las doctrinas por las que pusieron a Inglaterra patas arriba, hicieron llorar a los labradores y a los colonos hasta que sus rostros sucios se llenaron de lágrimas, atrajeron la atención de sus coetáneos y de los filósofos, asaltaron las fortalezas de Satanás, arrancaron a miles de personas de la hoguera y alteraron el carácter de la época. Llámenlas doctrinas simples y elementales si quieren. Digan, si quieren, que no ven nada grandioso, llamativo, nuevo, peculiar en esta lista de verdades. Pero el hecho es innegable, que Dios bendijo estas verdades para la reforma de Inglaterra hace cien años. Lo que Dios ha bendecido, no es bueno que el hombre lo desprecie.